

nada. En cuanto á los niños, les haré ingresar en un colegio de huérfanos, donde estarán bien, y colocaré una suma de mil quinientos rublos por cada uno para que les sean entregados al cumplir la mayor edad, á fin de que Sofía Semenovna no tenga que ocuparse de ellos. Por lo que á Sofía respecta, la retiraré del lupanar, porque es una buena chica. ¿No lo creéis así? Podéis comunicar á Advotia Romanovna el uso que hago de su dinero.

—¿Con qué fin os mostráis tan generoso?—preguntó Rascolnikof.

—¡Qué escéptico sois!—respondió, riendo, Svidrigaylof.—Ya os dije que este dinero no me era necesario. Pues bien, obro puramente por humanidad. ¿Acaso no admitís esto? Después de todo—agregó, indicando con el dedo el extremo del aposento en que reposaba la difunta,—esta mujer no era un “mal reptil,” como cierta usurera. ¿Convenís en que valía más “que ella muriera y que Lugin viviese para cometer infamias?” Sin mi ayuda, Poletchka, por ejemplo, se vería condenada á arrastrar la misma vida que su hermana.....

Su tono, alegremente malicioso, estaba lleno de intención, y, mientras hablaba, no apartaba los ojos de Rascolnikof.

Este palideció y sintióse estremecer al oír las expresiones textuales de que se sirviera en su conversación con Sonia. Retrocedió bruscamente, mirando á Svidrigaylof con aire extraño, y tartamudeó:

—¿Cómo..... sabéis?

—Es que yo habito aquí, al otro lado de esa pared, en casa de la señora Resslerich, mi venerable y excelente amiga. Soy vecino de Sonia.

—¿Vos?

—Yo—continuó Svidrigaylof, que reía hasta retorcerse.—Y os doy mi palabra de honor, muy querido Rodion Romanovitch, de que me habéis interesado extraordinariamente. Os dije que volveríamos á encontrarnos; tenía ese presentimiento..... ¡Y así ha sido! Ya veréis cómo soy hombre discreto y tratable; ya veréis cómo se puede vivir conmigo.....

## SEXTA PARTE

### I

La situación de Rascolnikof era extraña: hubiérase dicho que una especie de niebla le envolvía y le aislaba de los demás hombres. Cuando, después, recordaba esta época de su vida, adivinaba que en ocasiones había debido perder la conciencia de sí mismo, y que aquel estado duró, con ciertos intervalos lúcidos, hasta la catástrofe definitiva. Estaba convencidísimo de que entonces había cometido muchos errores; por ejemplo: que la sucesión cronológica de los acontecimientos se le había escapado. Al menos, cuando más adelante quiso poner en orden sus recuerdos, se vió obligado á recurrir á testimonios extraños para saber muchas particularidades sobre sí mismo.

Confundía, sobre todo, un hecho con otro, ó bien consideraba tal incidente como la consecuencia de un suceso que sólo existía en su imaginación. En ocasiones veíase dominado por un miedo morboso que de-

generaba en terror pánico. Recordó también que había tenido momentos, horas, quizá hasta días, en los que, en cambio, se halló sumido en una apatía lúgubre, sólo comparable á la indiferencia de ciertos moribundos.

En general, en aquellos últimos tiempos, en vez de tratar de darse cuenta exacta de su situación, hacía esfuerzos para no pensar mucho en ella. Ciertos actos de la vida corriente, que no sufrían aplazamiento, se imponían á pesar suyo á su atención; descuidaba, en cambio, los asuntos cuyo olvido, en una situación como la suya, podía serle fatal.

Tenía un miedo particular á Svidrigaylof. Desde que éste le repitiera las palabras por él pronunciadas en el aposento de Sonia, los pensamientos de Rascolnikof habían tomado una dirección nueva. Pero, aun cuando aquella complicación imprevista le inquietara extremadamente, el joven no se daba prisa para poner la cosa en claro. En ocasiones, cuando se internaba en un barrio lejano y solitario de la ciudad; cuando se veía en un mal "traktir," sin recordar por qué casualidad se hallaba allí, de repente pensaba en Svidrigaylof, y se prometía tener lo antes posible una explicación con aquel hombre, cuyo recuerdo le obsesionaba.

En las dos últimas ocasiones en que le viera, se limitaron á cambiar breves palabras, absteniéndose de abordar el punto capital, como si por un acuerdo tácito, se hubiesen obligado á apartar momentáneamente aquella cuestión.

En la última entrevista, Svidrigaylof comunicó á Rascolnikof que sus diligencias en favor de los hijos de Catalina Ivanovna habían sido fructuosas; gracias á ciertos personajes conocidos, pudo—dijo—conseguir la

admisión de los tres niños en buenos asilos; los mil quinientos rublos que cada uno poseía no fueron un obstáculo para su ingreso, porque se recibía mejor á los huérfanos que poseyeran un pequeño capital, que á los que por completo carecían de recursos. Agregó algunas palabras respecto á Sonia; prometió pasar cualquier día por casa de Rascolnikof, y dejó comprender que tenía ciertos asuntos de los cuales deseaba vehementemente tratar con él.....

Mientras hablaba, Svidrigaylof no cesaba de observar á su interlocutor; de repente guardó silencio; luego preguntó, bajando la voz:

—Pero, ¿qué tenéis, Rodion Romanovitch? Diríase que no estáis en vuestro sano juicio. ¡Escucháis, miráis, y parecéis no comprender! Volved en vos. Es menester que hablemos un poco. Desgraciadamente, estoy muy ocupado, tanto por mis asuntos como por los ajenos.... Rodion Romanovitch—añadió bruscamente,—¡todos los hombres necesitamos aire, aire, aire..... sobre todo!

Y se apartó vivamente para dejar paso á un sacerdote y á un sacristán que se disponían á subir la escalera. Iban á celebrar el oficio de difuntos. Svidrigaylof había querido que aquella ceremonia se verificase dos veces al día. Se alejó, y Rascolnikof, después de reflexionar un momento, siguió al "pope" á casa de Sonia.

Quedóse en el umbral. La ceremonia empezó con la tranquila y triste solemnidad acostumbrada.

Desde su infancia, Rascolnikof experimentaba cierto terror místico ante las fúnebres ceremonias; así es

que evitaba presenciarlas. Por otra parte, aquélla tenía para él un carácter particularmente conmovedor.

Miró á los niños. Todos estaban arrodillados cerca del ataúd; Poletchka lloraba. Tras de ellos, rezaba Sonia, que en vano intentaba ocultar sus lágrimas.

—En todos estos días no me ha mirado una vez ni me ha dicho una palabra—pensó de pronto.

Terminado el oficio, Rascolnikof se acercó á ella.

La joven apoderóse de sus manos é inclinó la cabeza sobre el hombro del joven.

Tal demostración de amistad causó profunda sorpresa á nuestro héroe.

¡Cómo! ¡Sonia no manifestaba la menor aversión ni el menor terror hacia él! ¡No temblaba su mano!

Era aquello el colmo de la abnegación personal. Por lo menos, así lo creyó el joven. La joven no dijo palabra. Rascolnikof estrechó su mano y salió.

Experimentaba un insoportable malestar. Si en el momento aquel hubiera podido encontrar aislamiento, aun cuando su soledad hubiese sido eterna, se habría llamado feliz. ¡Desgraciado! Aunque, desde hacía algún tiempo, casi siempre estuviera solo, no podía decirse que lo estaba. Cuanto más solitario era el lugar en que se encontraba, más cerca se sentía de un ser invisible, cuya presencia, antes que asustarle, le irritaba.

Se apresuró, pues á internarse en la ciudad; se mezclaba entre la multitud; penetraba en los cafés, en las tabernas; iba aquí y allá; se encontraba así más tranquilo.

Pasó una hora entera escuchando las canciones que se cantaban en una mala taberna.

Pero, por fin, la inquietud volvió á asaltarle; un re-

cuerdo, doloroso como un remordimiento, empezó á torturarlo.

—¡Estoy escuchando estas canciones!..... ¿Es esto lo que debo hacer?—se dijo.

Adivinaba que no era ésta su única inquietud; otra cuestión, que debía ser ultimada sin tardanza, le preocupaba; pero por más que trataba de someterla á su atención, le era imposible resolverse á darla forma precisa.

—¡Preferible sería la lucha! ¡Preferiría encontrarme frente á Porfirio..... ó á Svidrigaylof!..... ¡Sí, sí! ¡un adversario cualquiera! ¡un ataque cualquiera que rechazar!

Hecha esta reflexión, salió presurosamente de la taberna.

De repente, el recuerdo de su hermana y de su madre le sumió en una especie de terror.

Pasó aquella noche tumbado entre los arbustos de Krestowsky-Ostrof; antes de que amaneciera despertó, y, temblando de fiebre, encaminóse hacia su casa, á la que llegó de madrugada.

Después de dormir algunas horas, desapareció su calentura; pero se levantó tarde: á las dos.

Rascolnikof recordó que aquél era el día fijado para las exequias de Catalina Ivanovna, y se felicitó de no haber asistido.

Nastasia le llevó la comida. Comió con buen apetito, casi con avidez. Su cabeza estaba fresca; gozaba de una calma que no había experimentado hacía tres días.

Hasta hubo un instante en que se admiró al recordar el terror de que había sido presa.

Se abrió la puerta. En el umbral apareció Razumikin.

—¡Ah, come!—dijo el visitante, el cual tomó una silla y se sentó junto á la mesa, frente á Rascolnikof.

Estaba muy agitado, y no trataba de ocultarlo. Hablaba con visible cólera, pero sin precipitarse y sin elevar extremadamente la voz. Se podía suponer que un motivo serio le llevaba á aquella casa.

Escucha—comenzó, en tono decidido.—Os dejo á todos, porque veo de la manera más clara que vuestro proceder es indescifrable para mí. Ruégote que no creas que vengo á interrogarte. No trato de sacarte la cerilla de los oídos. Ahora, aun cuando tú mismo me revelaras todos vuestros secretos, es muy probable que no quisiera oírlos; escupiría y me marcharía. Vine con el solo fin de informarme personalmente de tu estado mental. Hay personas que te creen loco, ó cuando menos, próximo á estarlo. Te confieso que yo mismo me hallaba predispuesto á compartir esta opinión, al ver, como veo, que tu modo de obrar es estúpido, bastante feo y absolutamente inexplicable. Por otra parte, ¿qué pensar de tu reciente conducta con tu madre y con tu hermana? ¿Qué hombre, á menos que sea un canalla ó un demente, se hubiera portado con ellas como tú? Luego estás loco ó . . . . .

—¿Cuándo las has visto?

—No hace mucho. Y tú, ¿no las ves? Dime, te lo ruego, dime dónde pasas todo el día; he venido tres veces á buscarte. Desde ayer, tu madre está muy enferma. Quiso venir á verte. Advotia Romanovna trató de hacerla desistir de su propósito, pero Pulqueria Alejandrovna no quiso obedecer. Y vino, es decir, vini-

mos; pero en balde: el señor no estaba, no pareció en todo el día. “Bien claro lo veo—dijo tu buena madre.—Todo su tiempo es para ella.” Supone que Sofía Semenovna es tu prometida ó algo más. Fui á casa de esta joven, porque, amigo mío, tenía prisa por saber á qué atenerme. Entro, y ¿qué vi? Un ataúd y niños que lloran, mientras Sofía Semenovna se ocupa en vestirlos de luto. Tú no estabas allí. Después de haberte buscado con la vista, me excusé, salí de allí y regresé á referir á Advotia Romanovna el resultado de mis pesquisas. Decididamente, nada significa todo esto; no se trata ya de una aventurilla amorosa; hay que admitir, pues, como más probable, la hipótesis de la locura. Y he aquí que te encuentro dispuesto á devorar un suculento guisado. Sin duda que el estar loco no es obstáculo para comer; aunque todavía, eso sí, no me hayas dicho una palabra. . . . . ¡No, tú no estás loco! ¡Apostaría cualquier cosa! Para mí es éste un punto indiscutible. De consiguiente, os envío á todos al cuerno, convencido de que aquí hay un misterio, pues no quiero romperme la cabeza para penetrar vuestros secretos. Vine para tener contigo una entrevista y desahogar mi corazón. Por lo demás, sé perfectamente lo que ahora tengo que hacer.

—¿Qué vas á hacer?

—¿Te importa?

—¿Vas á entregarte á la bebida?

—¿Cómo lo has adivinado?

—¿Qué difícil era esto de adivinar?

Razumikin guardó silencio un instante.

—Siempre has sido muy listo, ¡y nunca, jamás has

estado loco!—observó con vivacidad.—No te equivocaste. ¡Me doy á la bebida! ¡Adiós!

Y dirigióse hacia la puerta.

—Anteayer, si no me engaño, hablé de ti á mi hermana—dijo Rascolnikof.

Razumikin se detuvo.

—¡De mí! Pero..... ¿dónde la viste anteayer?—preguntó, palideciendo ligeramente.

La turbación que le agitaba no podía ser objeto de duda.

—Vino aquí sola, se sentó ahí mismo y estuvo hablando conmigo.

—¿Ella?

—Sí, ella.

—¿Qué le dijiste..... de mí, se entiende?

—La dije que eres un hombre honrado, bueno y trabajador. No la dije que la amabas, porque ella lo sabe ya.

—¿Ella lo sabe?

—¡Hombre! ¡Por Dios!..... Vaya yo donde vaya, sea de mí lo que quiera, tú debías quedar como su amparo y providencia. Las pongo, por decirlo así, en tus manos, Razumikin. Te digo esto, porque sé que tú la amas, y porque estoy convencido de la nobleza de tus sentimientos. Sé tambien que ella puede amarte, si es que no te ama ya. Decide, pues, si debes á no entregarte á la bebida.

—¡Rodka!..... Ya ves..... Pues bien..... ¡Ah, diablo! Tú, ¿á dónde piensas ir? Bueno; desde el momento en que es un secreto, no hablemos de esto más. Pero..... yo sabré..... yo sabré lo que hay..... Convencido estoy de que no es nada serio, de que todo

son tonterías, de que tu imaginación hizo montañas. Por otra parte, ¡eres un hombre excelente! ¡un hombre excelente!

—Quería añadir, pero me interrumpiste, que tenías razón cuando declarabas que renunciarías á conocer ciertos secretos. No te inquietes. Todo se descubrirá á su tiempo, y de todo te enterarás cuando la hora de ello llegue. Alguien me dijo ayer que el hombre necesita aire, aire, aire. En seguida le voy á preguntar qué entiende por aire.....

Razumikin reflexionaba. Se le ocurrió una idea.

—Seguro que se trata de un conspirador político. Está en vísperas de una audaz tentativa; bien se ve. No puede ser otra cosa, y..... Dunia lo sabe—se dijo súbitamente.

—Por lo visto, Advotia Romanovna suele venir aquí—dijo en voz alta y subrayando las palabras.—Y tú deseas ver á quien dice que hace falta aire..... Es probable que la carta le haya sido enviada por ese hombre—concluyó, como si hablase aparte.

—¿Qué carta?

—Tu hermana ha recibido hoy una carta que le ha inquietado mucho. Quise hablarla de tí, pero me rogó que callase. En seguida..... en seguida me dijo que quizá nos separásemos en breve, y me dió calurosamente las gracias..... Después de lo cual, fué á encerrarse en su cuarto.

—¿Ha recibido una carta?—preguntó Rascolnikof, un poco intranquilo.

—Sí. ¿Acaso no lo sabías? ¡Hum!.....

Ambos jóvenes guardaron silencio durante un minuto.

—Adiós, Rodion..... Yo, amigo mío..... hubo un tiempo..... En fin, ¡adiós! También debo marcharme. En cuanto á entregarme á la bebida, no; no haré nada; sería inútil.....

Salió presurosamente; mas apenas había cerrado la puerta, cuando volvió á abrirla, y dijo, mirando de reojo:

—¡A propósito! ¿Te acuerdas de aquel crimen, del asesinato de la vieja aquella? Pues bien, sabe que el asesino ha sido descubierto, que él mismo se ha confesado culpable y ha dado las pruebas de ello. ¡Es uno de los pintores á quienes tan calurosamente defendí! Porfirio me lo ha dicho.

—¿Porfirio?

—Sí.

—¿Porfirio mismo?

—Sí, él mismo. Adiós. Más tarde sabrás otra cosa; ahora me veo obligado á marcharme..... Hubo un tiempo en que pensé..... ¡Pero ya te contaré eso otro día!..... ¿Qué necesidad tengo de beber? Tus palabras han bastado para embriagarme. En este momento, Rodia, estoy ebrio; ebrio, sin haber catado una gota de vino..... ¡Adiós, hasta muy pronto!

Salió.

—Es un conspirador político—pensaba, andando.— Sí..... La otra noche, en el corredor, al mirar su cara iluminada por la luz de la lámpara, tuve un minuto de extravío..... ¡Qué horrible idea la que concebí!..... ¡Bien hizo Nikolka al confesar!..... Sí; ahora todo lo pasado se explica: la enfermedad de Rodion, lo extravagante de su conducta, aquel humor sombrío y feroz que manifestaba cuando era estudian-

te..... Pero, ¿qué significa esta carta? ¿De dónde viene? Aún queda algo.... Sospecho.... ¡Hum!.... ¡Oh, he de saber todo lo que pasa!

Al pensar en Dunetchka, sintió su corazón helado y como clavado en el pecho. Tuvo que hacer un violento esfuerzo sobre sí mismo para seguir andando.

En cuanto partió Razumikin, Rodion se levantó, se aproximó á la ventana y se paseó de un lado á otro del aposento, como si olvidara las exiguas proporciones de la habitación. Por fin volvió á sentarse en el diván. Una renovación completa parecía haberse operado en su persona. ¡Todavía tendría que luchar; aquello era sólo un recurso!

¡Sí, un recurso! Un medio de escapar de la penosa situación, del medio asfixiante en que vivía desde la aparición de Nikolka en casa de Porfirio.

El mismo día, después de este dramático incidente, había ocurrido en casa de Sonia la escena cuyas peripecias y desenlace no habían correspondido á las previsiones de nuestro héroe. Rascolnikof se había mostrado débil: había reconocido, de acuerdo con la joven, y reconocido sinceramente, que él solo no podía llevar aquella carga.

¿Y Svidrigaylof?..... Svidrigaylof era un enigma que le inquietaba, pero no de igual modo. Probablemente hallaría medio de desembarazarse de Svidrigaylof, mientras que de Porfirio.....

—¡Luego Porfirio mismo ha explicado á Razumikin la culpabilidad de Nikolka!—continuó pensando Rascolnikof.—Pero, ¿cómo Porfirio pudo creer culpable á Nikolka, después de lo que acababa de ocurrir entre nosotros y sólo tenía “una” explicación? ¿Qué se ha

propuesto ese hombre al engañar á Razumikin? Es evidente que no lo ha hecho sin motivo. Debe tener intenciones; pero, ¿cuáles? ¿No será esto una mala señal?

Rascolnikof tomó su gorra, y después de interrogarse á sí mismo, decidió salir.

Aquel día, por primera vez desde hacía mucho tiempo, sentíase en plena posesión de todas sus facultades.

—Es preciso acabar con Svidrigaylof—pensaba.—Y cueste lo que cueste, ultimar este asunto lo antes posible; por otra parte, él parece esperar mi visita.

En aquel instante, tal odio se desbordó en su corazón, que si le hubiera sido posible matar á cualquiera de los dos, Svidrigaylof ó Porfirio, no hubiera vacilado un minuto.

Mas apenas acababa de abrir la puerta, cuando se encontró frente á Porfirio.

Quedóse al pronto estupefacto, pero se rehizo al punto.

¡Cosa extraña! La visita no le admiró mucho ni le causó excesivo temor.

—Quizá sea el desenlace. ¿Por qué amortiguó el ruido de sus pasos? No le oí llegar. Quizás había escuchado tras de la puerta.

—¿No esperabais mi visita, Rodion Romanovitch?—dijo alegremente Porfirio.—Mucho tiempo hace que pensaba venir á veros, y al pasar hoy por vuestra casa, me ha dado la idea de subir á saludaros. ¿Ibais á salir? No os detendré mucho. Sólo cinco minutos; el tiempo preciso para fumar un cigarro..... si es que lo permitís.....

—¿Cómo no! Sentaos, Porfirio Petrovitch, sentaos—dijo Rascolnikof, ofreciendo una silla al visitante con aire tan afable y satisfecho, que él mismo se hubiera sorprendido si hubiese podido verse.

Toda huella de sus anteriores impresiones había desaparecido. Es lo que ocurre al hombre que, secuestrado por un bandido, después de pasar media hora de mortales angustias, deja de tener miedo cuando siente el puñal en su garganta.

El joven tomó asiento frente á Porfirio, en quien fijó una tranquila y firme mirada. El juez de instrucción guiñó el ojo, y empezó por encender un cigarrillo.

—Pues bien, habla, habla—gritóle mentalmente Rascolnikof.

## I I

—¡Oh, este tabaco!—prorrumpió al fin Porfirio Petrovitch.—Es mi muerte, y no puedo prescindir de él.

—He aquí un prefacio que acusa su astucia profesional—se dijo Rascolnikof.

Recordó su anterior conversación con el juez, y de repente renació la cólera en su corazón.

—Pasé por aquí anteayer. ¿No lo sabíais?—continuó Porfirio, paseando su mirada en derredor.—Entré en este mismo aposento. Por casualidad me encontraba en vuestra calle, como hoy, y como hoy se me ocurrió haceros una visita. La puerta de vuestro cuarto estaba abierta; entré, os esperé un momento, y me